



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional

Identities deportivas en globalización:
una mirada comunicacional sobre el deporte, la cultura y la apropiación identitaria
Virginia Cáneva
Actas de Periodismo y Comunicación, Vol. 2, N.º 2, diciembre 2016
ISSN 2469-0910 | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/actas>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Identities deportivas en globalización: una mirada comunicacional sobre el deporte, la cultura y la apropiación identitaria

Virginia Cáneva

vir.caneva@gmail.com

Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata
Argentina

Identities en globalización: perspectivas, objetos y escenarios

El concepto de identidad lo encontramos principalmente en el pensamiento social desde el año 1968, aunque también ha sido esbozado en textos clásicos de la antropología y tiene una larga historia como concepto técnico de la filosofía, utilizado para referirse a los problemas de la permanencia en el cambio y de la unidad en la diversidad (Brubaker y Cooper; 2001: 31). La introducción del término identidad para el análisis social ha cobrado una mayor presencia en los últimos dos decenios y se observa en el desarrollo de diferentes disciplinas como la sociología, la antropología, la psicología social y la comunicación¹. En la actualidad, el contexto histórico en el que se producen los estudios que toman por objeto a la identidad se vincula con la crisis del Estado Benefactor como regulador social y asignador de recursos, el proceso de

¹ El interaccionismo simbólico preocupado por el "yo" comenzó a hablar cada vez con mayor frecuencia de identidad gracias a la influencia de Anselm Strauss. Sin embargo tuvieron mayor incidencia en la popularización del término Ervin Goffman —trabajando en la periferia del interaccionismo simbólico—, y Peter Berger, desde el constructivismo social y la fenomenología. Véase "Más allá de identidad" de Brubaker y Cooper (2001).

globalización, la caída de grandes relatos² y la formación de grupos que emergen tanto para reivindicar como para resistir los cambios que se presentan; de ahí que se torne en un concepto revelador para el análisis de prácticas socioculturales a partir del resurgimiento de los llamados movimientos sociales étnicos, raciales, de género y etarios, entre otros.

Estas transformaciones socioculturales producen según García Canclini un "redimensionamiento de las instituciones y los circuitos y ejercicios de lo público" que trae aparejada una consecuente pérdida de peso de los organismos locales y nacionales en favor de conglomerados empresariales de alcance transnacional (1999: 25). El autor señala que nos encontramos al mismo tiempo, con una "reelaboración de 'lo propio' debido al predominio de bienes y mensajes procedentes de una economía y una cultura globalizadas sobre los generados en la ciudad y nación a la que se pertenece". Se produce de este modo una consiguiente redefinición del sentido de pertenencia e identidad, el cual aparece cada vez menos organizado en función de lealtades locales o nacionales y más por la participación en comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores.

Por su parte, Renato Ortiz propone comprender a la globalización como un proceso en el cual podemos distinguir elementos económicos y tecnológicos y una reconfiguración cultural que denomina mundialización. En términos identitarios para el autor se produce una fragmentación en el papel articulador de las identidades nacionales, situación que tiene al menos dos consecuencias: Por un lado, favorece la emergencia de grupos locales, principalmente manifestaciones de los sectores populares que habían sido excluidos de los relatos nacionales producidos por los sectores hegemónicos, promoviendo manifestaciones étnicas, clasistas y sexuales que había escondió bajo el mando de homogeneidad de la identidad nacional. La segunda consecuencia, se evidencia en la pluralización de las identidades que rebasan las fronteras delimitadas por los Estados nacionales, un espacio privilegiado para tales expresiones es el del consumo, se construye así un circuito, un conjunto imaginario de símbolos, que unifica grupos y conciencias separadas por las distancias y las nacionalidades (Ortiz; 1995, 1996).

En este marco las ciencias sociales comienzan a abocarse al estudio de diversas prácticas asociadas con las migraciones, la transnacionalización de la cultura y la economía, la conformación de nuevos polos de poder supranacionales, la producción y el consumo a escala global, el acceso y la exclusión, la presencia de los medios de

² Hacemos referencia a la crisis que atraviesan los paradigmas que intentan explicar o comprender a la sociedad de forma totalizadora, como son el marxismo clásico y el positivismo.

comunicación y las nuevas tecnologías en la vida cotidiana y los cambios en la relación público/privado. Las problemáticas descritas son analizadas en clave dialéctica (se rompe con miradas simplistas basadas en una noción dual de la realidad que conduce a observar la identidad como una esencia) donde lo global y local adquieren nuevas dimensiones y el espacio y el tiempo como ordenadores de la cotidianeidad han sufrido transformaciones sustanciales (Harvey: 2004).

Identidades colectivas: la configuración de los equipos

Previo a la definición del concepto de identidades colectivas, creemos necesario destinar unas líneas a la comprensión del deporte como una práctica cultural y los alcances que esta perspectiva nos ofrece para su análisis en el campo de la comunicación. Consideramos a la cultura desde una mirada procesualista que la comprende como una práctica social, rompiendo con las concepciones clásicas que la entendían como la suma de atributos de cierto grupo social. Esta mirada amplia sobre la cultura refiere a la selección de elementos como el conocimiento, costumbres, creencias, valores, prácticas y hábitos legitimados por una sociedad en un momento histórico determinado. En este sentido, la sociedad es analizada desde el conflicto, comprendiéndola como un sistema estratificado dinamizado por relaciones de poder. Estas relaciones de poder no son estáticas y delimitadas de una vez y para siempre, sino que por el contrario son relaciones cambiantes, consensuadas, negociadas y legitimadas por actores que ocupan posiciones diferenciadas. El concepto de hegemonía permite vislumbrar las relaciones de poder y su legitimidad atendiendo no solo a los aspectos instituidos sino también a los rasgos emergentes, residuales y arcaicos que entran en conflicto con los que componen la tradición selectiva (Williams;2000).

Tales lecturas nos permiten comprender al deporte como una práctica históricamente situada, dinámica y cambiante. Los sentidos que una sociedad construye en torno al deporte se vinculan de manera estrecha con el contexto de su producción y práctica. Retomando a Thompson (1993) asumimos que el análisis del deporte en tanto práctica cultural debe desentrañar la trama de significados que lo crean y recrean junto a un exhaustivo ejercicio de contextualización. La concepción "estructural" de la cultura, presta entonces un especial interés a los entornos y procesos que fueron conformados socialmente, dentro de los cuales se encuentran las representaciones y las prácticas.

Para el autor, analizar la estructura social de un campo supone determinar las asimetrías y diferencias que hay dentro de él, indagando los criterios, categorías y principios que las sostienen. La cultura orienta el funcionamiento de las sociedades, actúa "como el cristal a través del cual se percibe la realidad, como materia prima de las identidades sociales, como guía potencial de la acción, y como fuente de legitimación de la misma" (Giménez, 1999: 84). Además, no sólo está socialmente condicionada sino que, asimismo, es un factor condicionante en la sociedad. Por todo ello, la cultura es indispensable para entender la dinámica social.

Volviendo a la cuestión de la identidad, en términos generales coincidimos con los autores que proponen comprender a la identidad como un proceso social dinámico de auto y hetero percepción / auto y hetero reconocimiento; este juego que se da entre nuestra mirada y la de los demás permite la configuración de un "nosotros" donde la comunicación es un elemento central de esa construcción. En consecuencia, la identidad está compuesta por dos dimensiones, una individual y otra grupal, que se construyen en las prácticas de los sujetos; al ser ésta una sociedad estratificada y, por tanto, signada por relaciones de poder, tales vivencias están plagadas de experiencias contradictorias, que a lo largo de nuestras vidas las incorporamos en una secuencia semántica que las tornará coherentes. En este sentido, la dimensión individual está dada por una autobiografía incanjeable (historia de vida), en tanto que lo grupal se expresa en la recreación de una memoria colectiva, constituyendo esta última una dimensión de la primera (Giménez, 1997).

Como individuos socialmente contruidos pertenecemos a un núcleo familiar, una comunidad barrial, una institución deportiva y cualquier otra asociación definida por la frecuencia de interacciones en espacios próximos, que no necesariamente tienen que ver con una cercanía geográfica (por ejemplo, los espacios de encuentro que brinda la tecnología). Pero al mismo tiempo, integramos colectividades, en tanto conjuntos de individuos que experimentamos cierta solidaridad porque compartimos valores y un sentimiento de obligación moral; los ejemplos más frecuentes de este tipo de agrupaciones son la nación y las iglesias universales.

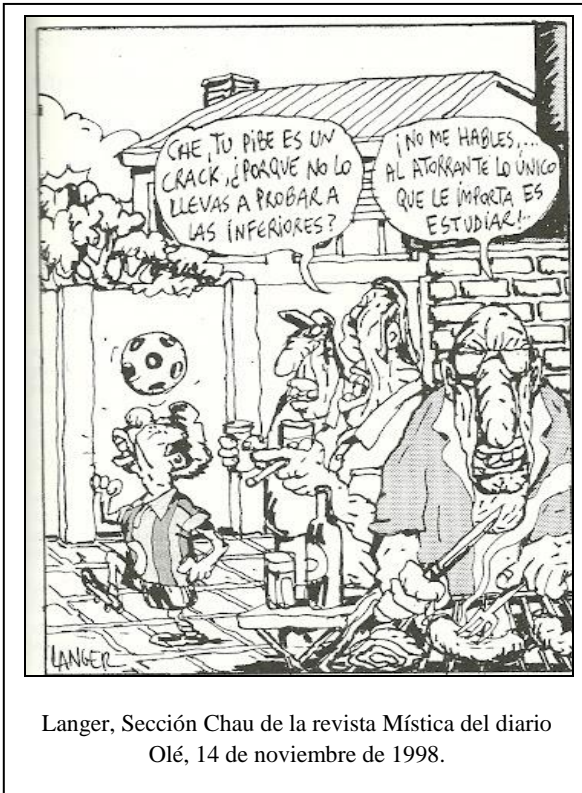
A partir de la definición que estamos elaborando de identidad, podemos asumir que el individuo se ve a sí mismo como "perteneciendo" a una serie de colectivos, como "siendo" una serie de atributos y como "cargando" un pasado biográfico incanjeable e irrenunciable. De allí que se resalte el carácter intersubjetivo y relacional de la identidad, en tanto construcción socialmente compartida. Estos elementos interactúan en forma dinámica ya que según Berger y Luckman, la identidad se halla en relación dialéctica con la sociedad, constituyendo un elemento clave de la realidad subjetiva:

“la identidad es mantenida, modificada o reformada por las relaciones sociales. A su vez, las identidades producidas por la interrelación entre organismo, conciencia individual y estructura social, actúan sobre esta última manteniéndola, modificándola o reformándola” (1979: 28).

Como venimos desarrollando, la identidad puede entenderse también desde dos dimensiones sólo divisibles en términos analíticos: una que tiene que ver con los procesos individuales de incorporación de sentidos, en relación a la sociedad a la que se considera pertenecer, y las marcas por las cuales la sociedad confirma o rechaza esa adscripción (Melucci, 1982). Es en este mismo sentido que Giménez señala que “la identidad de un actor social emerge y se afirma en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, lo que implica frecuentemente relaciones desiguales y por lo tanto, luchas y contradicciones” (Giménez, 1997: 16). En suma, no basta que las personas se perciban como distintas bajo algún aspecto, también tienen que ser percibidas y reconocidas como tales. Toda identidad requiere la sanción del reconocimiento para que exista social y públicamente: la autopercepción del sujeto requiere ser confrontada con las percepciones de los demás sujetos con quienes interactúa.

Otra característica que Gilberto Giménez (1997) señala como fundamental de las identidades es su capacidad de perdurar en el tiempo y el espacio. El autor propone hablar de continuidad en el cambio, antes que hablar de permanencia, en el sentido de que la identidad a la que refiere es la que corresponde a un proceso dinámico y no a una esencia, como señalamos en párrafos anteriores. De esta manera, la dialéctica entre permanencia y cambio, entre continuidad y discontinuidad es la que caracteriza por igual a las identidades personales y colectivas. Éstas se mantienen y duran adaptándose al entorno y recomponiéndose incesantemente, sin dejar de ser las mismas. Se trata de un proceso siempre abierto y nunca definitivo ni cerrado.

La identidad del sujeto, es una construcción cualitativa que se forma, se mantiene y se manifiesta, como señalamos, en y por los procesos de interacción y comunicación social. Como toda práctica cultural la identidad es una creación en la cual cada sujeto participa de manera activa transmitiendo, recreando y transformando esos atributos que la componen. Para abordar las características que configuran la identidad de un grupo determinado debemos mirar tanto sus prácticas como las representaciones, imaginarios e ideas que las orientan. A modo de ejemplo proponemos analizar el siguiente pieza de humor gráfico:



En la composición del relato encontramos en primer lugar la práctica del fútbol asociada al ámbito de lo masculino, espacio que a su vez se relaciona con la reunión de amigos, el compartir un asado y un vaso de vino. Es el padre y sus compañeros los que miran jugar al pequeño, proyectando la posibilidad de que nazca una "estrella del fútbol". Al mismo tiempo, el diálogo refleja la presencia de imaginarios que vinculan el ascenso social a partir del triunfo en el mundo del fútbol profesional, en oposición a un imaginario que relaciona esa movilidad a partir de la educación y los niveles de instrucción obtenidos. A su vez, muestra la lucha que hay entre ambos imaginarios ya que, en la actualidad, las representaciones esgrimidas han sufrido un cambio en la fuerza de sus configuraciones, la educación ya no representa necesariamente el ascenso social, característica que tenía antaño; mientras que el deporte ganó ese espacio dada la dinámica empresarial y su espectacularización, que lo colocan como la práctica capaz de impulsar un cambio sustentable en la vida de las personas. Lo que muestra, con todo, el carácter conflictivo de la construcción identitaria.

Prácticas lejanas, reapropiaciones cercanas. El deporte traspasa las fronteras nacionales

La relación existente entre los sujetos y su territorio es cambiante y dinámica, los individuos a través de sus prácticas se apropian de los espacios –cercanos y lejanos– dándoles diferentes sentidos³. Las contradicciones y disposiciones del entorno sociocultural ejercen un profundo impacto sobre el proceso de construcción de la identidad. En tal sentido, el pasaje de un orden social moderno a uno posmoderno configura de manera diferente las identidades colectivas, cuando algunos imaginarios que sostenían nuestras sociedades han perdido gran parte de su potencia instituyente (Harvey; 2004, Beck; 1998, Lewkowicz; 2004).

En la modernidad encontramos que las identidades estaban ligadas al lugar de pertenencia en términos de localización: el barrio, la ciudad y la nación eran los principales espacios articuladores. En el tránsito hacia un orden posmoderno, si bien estos factores no se encuentran desarticulados, observamos que las identidades son transnacionales, la cultura de la ciudad es ahora el lugar de intersección de múltiples tradiciones nacionales, a su vez reorganizadas por el flujo transnacional de bienes y mensajes (Canclini; 1999). Esto no significa que el espacio social cercano deje de configurar identidad, sino más bien que se complejiza al encontrarse entrelazado con productos materiales y simbólicos que provienen de los más diversos lugares, trayendo consigo rasgos identitarios que eran propios de otras regiones y que los sujetos resignifican al incorporarlos en su vida cotidiana.

La afirmación identitaria ligada al lugar se apoya en el poder motivacional de la tradición; sin embargo, es difícil conservar un sentido de continuidad histórica frente a todo el flujo y la transitoriedad que caracteriza el modelo de acumulación flexible (Harvey: 2004). De acuerdo a Stuart Hall, esta nueva configuración condiciona los escenarios que tradicionalmente proporcionaban un marco para la construcción de las identidades. Se asiste a una fragmentación de los paisajes culturales tradicionales donde las categorías analíticas totalizadoras —por ejemplo, de clase, género, etnia—, no necesariamente se pueden localizar en el espacio social. Las personas comparten experiencias de género, etnia y clase que trascienden el lugar en que se afincan.

³ Es necesario recordar que, en el estudio de las identidades, cuando se habla del espacio se comprende el lugar geográfico, mientras que por territorio se hace referencia al espacio socialmente construido, esto es, el representado.

La transformación fundamental apunta especialmente a la multiplicación de las referencias desde las cuales los sujetos construyen sus identidades sociales, ya que el descentramiento no es sólo de la sociedad sino también de los individuos, que ahora viven una integración parcial y precaria de las múltiples dimensiones y adscripciones que los conforman. Si en un momento hablar de identidad remitía a raíces, territorio, memoria y tradición, hoy cada vez más implica hablar de migraciones y movilidades, de redes y de flujos, de instantaneidad y desanclaje. Esos procesos, en consecuencia, pueden generar diferentes adscripciones identitarias según sea la relación que mantengan con la configuración de imaginarios nacionales y transnacionales.

El Football Americano, en Argentina

Por Gabriel Carrizo Koren
(El Gráfico 08/02/2010)

La final del Super Bowl se vivió con pasión en un bar de Buenos Aires y allí estuvieron muchos jugadores de este particular deporte que está creciendo en Argentina.

El viejo refrán, ese que expresa que "el fútbol no tiene lógica", no podría ser más acertado para definir lo sucedido el domingo. Pero atención, a no confundirse. En este caso, no se habla del triunfo de Arsenal sobre Racing, en el Cilindro de Avellaneda, ni de la derrota de Boca, goleado ante Newell's en Rosario. El proverbio se aplicó esta vez en el Football Americano.

El Super Bowl tuvo un desenlace inesperado. Los New Orleans Saints, franquicia que nunca había estado cerca de clasificar a la gran final, se impuso con garra y actitud a los Indianapolis Colts, equipo que jugaba su cuarto Super Tazón (...)

Lejos de la locura que despierta este deporte en los Estados Unidos, en un bar de Buenos Aires, se disfrutó el Super Bowl y, entre muchos extranjeros, se encontraban aquellos que desarrollan y practican el Football en Argentina. Varios jugadores Cruzados (campeones de 2009), Legionarios, Jabalíes, Osos Polares, Corsarios y Tiburones (los seis equipos de mayores que hay en nuestro país) compartieron cervezas y nachos con guacamole.

Aprovechando la velada, la liga de [Football Americano Argentina \(FAA\)](#) entregó los trofeos a los hombres más valiosos que tuvo la competencia (...)

El Football Americano es un deporte característico de los Estados Unidos; si bien en nuestro país no tiene una larga trayectoria, en los últimos años comenzó a practicarse con mayor intensidad llegando a crearse la Liga de Football Americano Argentina (FAA) que nuclea a seis equipos. En su reapropiación local se puede apreciar la construcción, en términos de Beck, del lugar *glocal*, es decir, una práctica atravesada por representaciones nacionales, transnacionales y locales. Sin duda los medios de comunicación han contribuido a su difusión alrededor de todo el mundo. Un ejemplo de ello lo constituye la transmisión a escala global de la final del "Super Bowl", espectáculo que llega a 110 millones de espectadores. A través de este ejemplo podemos ver como una práctica deportiva difundida a escala global es apropiada de manera local en la ciudad de Buenos Aires, llegando a constituirse una liga nacional que institucionaliza este deporte. Por último, podemos observar cómo estos procesos acercan las distancias logrando que, mediante la práctica deportiva, un argentino recree lazos identitarios con una persona oriunda de tierras remotas.

Identidades deportivas en el barrio y la ciudad

Cada ciudad se encuentra constituida por unidades espaciales bien delimitadas que los sujetos que las habitan transforman en territorios, donde las dimensiones espacio y tiempo hacen de ellas verdaderos nodos de significación: los barrios. No nos referimos a límites fijos y estructurados convencionalmente, sino a esas fronteras que se marcan por las prácticas de los sujetos, ligadas a diferentes esferas de la vida social con una impronta histórica: el trabajo, el ocio, la entrada y salida de la ciudad, la religión, la educación, la salud y el deporte. Como habitantes de la ciudad ubicamos el barrio de la terminal, el barrio del Club Platense, el barrio del Hospital de Niños; estas denominaciones son creadas por los sujetos y se transmiten de generación en generación a través de la tradición oral y no solamente nos permiten localizar un espacio sino que remiten a lugares emblemáticos de la identidad de cada uno de ellos.

El barrio comprendido de esta manera se nos presenta como un escenario construido por diferentes actores, que crean y recrean imágenes, maneras de nombrarlo, de identificarlo y de intervenir en él. Nos interesa de este modo reflexionar sobre la participación activa de los actores en la construcción–apropiación del espacio que se encuentra sujeta a múltiples mediaciones de carácter social, cultural y organizativo. De esta manera los lugares y territorios, se nos presentan como dimensiones sociales de lo grupal cargadas de afecto, sentimientos e historias compartidas que permiten a los hombres crear lazos de pertenencia e identidad (Claval, 2002). Así, los usos que reciben la calle, la plaza, el club, la parroquia, el mercado y la esquina son una expresión más de cómo una comunidad socializa el espacio para convertirlo en soporte y evocación de significados, creencias, mitos y leyendas urbanas.

Los clubes sociales y deportivos son lugares donde confluyen múltiples historias de vida, que se entrecruzan con tantos otros relatos familiares, barriales, de grupos de amigos y de vecinos. Por eso mismo, constituyen espacios tradicionales de encuentro comunitario y conservan la impronta de las primeras formas de asociación vecinal, que en su momento de mayor crecimiento lograron ser el eje de la consolidación de una fuerte identidad barrial y urbana. El estudio de los clubes sociales y otros espacios de mediación como el barrio, la familia, la escuela, constituye una aproximación válida para comprender cómo las identidades culturales se construyen en una constante negociación y lucha con lo masivo, entendido como una nueva forma de sociabilidad. La identidad se presenta como constitutiva de la vida cotidiana de los sujetos; es por este motivo y por la práctica misma de los actores sociales que la encontramos plasmada en el paisaje de la ciudad en general y en el escenario de sus barrios en particular. Teniendo en cuenta que los clubes sociales tienen como actividad medular al deporte, por ejemplo, se puede advertir que:

"la relevancia del barrio puede observarse en una práctica social especialmente extendida en Buenos Aires como es el fútbol. Históricamente, hay una imbricación entre los clubes, como asociaciones cívicas y los barrios. En Buenos Aires los principales clubes son una creación territorial (...) se produce una plena identificación entre un barrio y un club. Entonces, "la constitución de pertenencias territoriales, la delimitación de espacios propios, se constituye en una importante señal de autodefinición de un grupo de espectadores del fútbol: la hinchada" (Grimson; 2009:13).

Para identificar procesos de construcción de identidades colectivas relacionadas con prácticas deportivas, proponemos pensar en los clubes que se encuentran arraigados en los diferentes barrios o ciudades. Según explica el antropólogo Garriga Zucal, existen diversas formas a partir de las cuales los espacios urbanos son apropiados por los hinchas de fútbol, quienes piensan al espacio en términos dicotómicos: territorios propios y ajenos. Siguiendo estas reflexiones, la construcción identitaria ligada fuertemente al territorio es signo de distinción que marca la pertenencia a un nosotros —habitantes del barrio, locales y por tanto propietarios—, y la adversidad con otro que se nos presenta como rival e invasor. El estudio de las prácticas culturales con una mirada puesta en las construcciones identitarias representa un punto fundamental en el análisis de la violencia desatada en torno a disputas futbolísticas, donde la pasión y el aguante hacen de los hinchas verdaderos defensores de su territorio.

El auténtico valor de los clubes

Por Gustavo Veiga

(Página/12, deportes - 09-03-2012)

Se marcha en el fútbol y por sus clubes, como se marchó en la historia de las mejores tradiciones populares. Ahora marchan los hinchas de San Lorenzo por el regreso a Boedo. Lo hicieron en el pasado los de Racing contra el remate de su patrimonio, los de Newell's contra la tiranía corrupta del ex presidente Eduardo López, los que no aceptan la violencia a las puertas de la AFA o en decenas de casos para festejar los primeros cien años de instituciones que nacieron en el siglo XIX. Está bien que la gente salga a la calle. Es un saludable mecanismo de disuasión ciudadana. Al fútbol llega tarde la moda, pero vale.

Que se marche ahora, también supone una situación no demasiado difundida. El fútbol ocupa un lugar desmesurado en la agenda, desplazó por la pasión que despierta a otras cuestiones de fe por las que antes se marchaba a diario: políticas, religiosas... El filósofo y ex futbolista Claudio Tamburrini diría que existe "una percepción ralentizada" de los hechos para asimilarlos y resignificarlos.

La participación masiva en elecciones como las de Boca, River, Racing, Independiente o el propio San Lorenzo también son un indicativo de este momento. Sus socios tomaron conciencia de que ése es el camino para

incidir en las decisiones que suele tomar un puñado. La asistencia era insignificante hace un par de décadas. Eligieron a Daniel Angelici en Boca y a Javier Cantero en Independiente con distinta valoración política de sus antecedentes. Dos trayectorias diferentes (un empresario de los juegos de azar apuntalado por Mauricio Macri y un consultor surgido del movimiento de socios) para objetivos semejantes: ensanchar los márgenes de grandeza de sus clubes.

No importa ahora si los dirigentes colocan los logros deportivos sobre los económicos o al revés. Lo que importa es que el hincha o socio esclarecido los ve ahora como inseparables. Por eso se marcha, por eso una marea azulgrana exige la restitución histórica cuando el equipo se precipita en la tabla de los promedios. Una situación no invalida a la otra. Habría que buscar en los estímulos sociales con que nacieron estos clubes centenarios una explicación a tanta efervescencia. Se ha tomado conciencia de por qué los clubes valen lo que valen. Es un punto de partida para terminar con la errónea concepción de que sólo importa gritar un gol que nos salve del descenso. Importa eso, pero también movilizarse contra un despojo consumado en plena dictadura.

Los Clubes Sociales y Deportivos son instituciones con más de cien años de historia, tienen su antecedente inmediato en las sociedades de inmigrantes, que fueron las primeras formas de agrupación que establecieron los grandes contingentes de extranjeros que llegaron a la Argentina a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Estas instituciones posibilitaron que los recién llegados construyeran vínculos estrechos con los miembros de su colectividad o país de origen, que vinieran a amortiguar las duras consecuencias que provocaba el desarraigo. De esta manera, llegaron a afirmarse como puntos de reunión e intercambio, fortaleciendo las relaciones de solidaridad y cooperación entre familias y vecinos.

Aquellas pequeñas asociaciones vecinales surgidas a principios del siglo pasado atravesaron una etapa de crecimiento sostenido hasta lograr constituirse en puntos de referencia para la construcción de la identidad barrial. El club social poco a poco fue consolidando su lugar de privilegio en la vida de cada uno de los barrios, a través de la promoción de la participación en comunidad, el compromiso de trabajo en conjunto, la solidaridad entre los vecinos y la unión familiar para participar en la vida social. En su

etapa de esplendor, el club se presentaba como el escenario por el cual pasaba toda la actividad barrial: la diversión, el deporte, la cultura, la discusión y las fiestas.

El fortalecimiento de estas instituciones se dio en el marco del momento de consolidación del Estado Benefactor, que garantizaba condiciones de pleno empleo, estabilidad laboral, y movilidad social. El club social, como formación emergente de esta etapa, se integra con una serie de imaginarios que orientan y ordenan la vida del barrio: la unión, el progreso, la cooperación. Estos valores fundamentaban la confianza en la posibilidad de trabajar en las instituciones comunitarias por el progreso y el mejoramiento de la calidad de vida de todos los vecinos.

El club social comenzó a transitar su etapa de decadencia en el período que va de finales de la década de 1960 a mediados de la de 1970 cuando en el país comienzan a implementarse políticas neoliberales, que atentaron directamente contra los principios cooperativos de los Clubes Sociales. Este proceso se vio agravado al ser llevado adelante por gobiernos dictatoriales que contribuyeron al repliegue de la sociedad al ámbito de lo privado, a través de mecanismo fuertemente represivos.

La crisis del club se relaciona con las alteraciones que vienen atravesando todas las instituciones de la sociedad en el contexto de fluidez que caracteriza a las relaciones en esta posmodernidad o modernidad tardía, proceso que señalamos y desarrollamos en la introducción de este volumen. Producto de estas transformaciones, aquellos imaginarios sociales que sostenían a los clubes barriales como espacios colectivos, de consolidación de lazos comunitarios, han perdido gran parte de su potencia instituyente.

En la actualidad, los clubes sociales enfrentan diversas problemáticas, económicas, políticas, deportivas y sociales. Como pudimos ver, a lo largo de su historia fueron espacios atravesados por la lógica institucional que dominaba otras escenas de la vida, como por ejemplo la política. En este sentido, se constituyen como espacios democráticos, donde prácticas como la renovación de autoridades, la toma de decisiones colectivas, el voto y la representatividad de los socios tenían un lugar fundamental tanto en sus estatutos como en el desarrollo cotidiano. Las movilizaciones en pos de resolver los problemas que se presentan a una institución guardan estrecha relación con el carácter popular del club. Los socios tejen a lo largo de su paso por la institución profundas relaciones de afecto y pertenencia que hacen del club un verdadero espacio de adscripción identitaria.

“Entre lo nuevo y lo viejo”: redefiniciones identitarias

A lo largo de estas páginas propusimos vincular el proceso de globalización y las adscripciones identitarias en torno del deporte. Siguiendo a Ortiz, asumimos que esta situación se caracteriza por la emergencia de lo nuevo y la redefinición de lo viejo, ambos se encuentran insertos en un mismo contexto y se materializan en las prácticas concretas que los sujetos crean y recrean, en los sentidos que atribuyen a tales acciones y en los distintos niveles de adscripción identitaria que las atraviesan. El desafío que se nos presenta es entonces, entender y arrojar luz sobre cómo los niveles locales, regionales, tradicionales y transnacionales son redefinidos, en un mundo que lejos de cumplir las promesas de homogeneidad se nos presenta cada vez más diverso, desigual y fragmentado.

Como el lector puede apreciar, comenzamos por situar al concepto de identidad como un aspecto reciente en el desarrollo de las ciencias sociales y una inquietud transdisciplinar, que el campo de la comunicación comparte con ellas. Posteriormente, definimos las identidades colectivas, reconociendo que en la modernidad la nación es la principal articuladora de identidad y que el proceso de globalización contribuye a la multiplicación de referentes identitarios. Propusimos comprender al deporte como una práctica cultural que tiene lugar en sociedades dinamizadas por relaciones de poder y como tal encierra las luchas por la hegemonía en torno al deporte y sus sentidos, los cuales son creados y recreados en contextos históricos determinados. Por otra parte, planteamos repensar las identidades en tanto apropiaciones locales de prácticas lejanas y como articuladoras de la vida cotidiana en escenarios cercanos como el del barrio y la ciudad. De manera transversal a nuestro recorrido, tomamos ejemplos de noticias publicadas en medios nacionales para ilustrar las apreciaciones que fuimos construyendo.

Bibliografía

Beck, Ulrich. ¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización, Barcelona, Paidós, 1998.

Berger, Peter y Luckmann, Thomas. La construcción social de la realidad, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

- Brubaker, Roger, y Cooper, Frederick "Más allá de "identidad"". En: Apuntes de Investigación Nº 7. CECYP. Buenos Aires. 2001.
- Cáneva, Virginia y Mendoza Jaufret, Hernán. Clubes platenses: al rescate de lo colectivo. Riesgos, desafíos y posibilidades de las instituciones barriales en la trama de la ciudad posmoderna (Tesis), La Plata, FPyCS (UNLP). 2007.
- Cáneva, Virginia y Tellechea, María Ofelia. "El enfoque antropológico y comunicacional sobre el barrio: la barrialidad". En: Congreso de Comunicación y Ciencias Sociales desde América Latina, La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP), 2011.
- Claval, Paul. La lógica de las ciudades, México, Fondo Cultura Económico, 2002.
- García Canclini, Nestor. Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización, México, Grijalbo. 1999.
- Giménez, Gilberto. "Materiales para una teoría de las identidades sociales". Mimeo. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM. México, 1997.
- Giménez, Gilberto. "La importancia de los estudios culturales en el campo de las ciencias sociales". En: Rossana Reguillo Cruz y Raúl Fuentes Navarro (coords.) Pensar las Ciencias Sociales Hoy, pág. 71 a 96, México, Iteso.1999.
- Grimson, Alejandro. "Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires". En: La vida política en los barrios populares de Buenos Aires, Buenos Aires, Prometeo.2009.
- Harvey, David. La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultura, Buenos Aires, Amorrortu. 2004.
- Hernández, Tulio. "Usos teóricos y usos comunes: lo popular y la investigación de la comunicación". En: Comunicación y culturas populares. Seminario del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, pág. 51 a 72, México, Ediciones Gustavo Gili. 1987.
- Melucci, Alberto. L'Invenzione del Presente. Movimenti, identità, bisogni individuali, Bologna, Il Mulino. 1982.
- Lewkowicz Ignacio. Pensar sin estado. La subjetividad en la era de la fluidez. Paidós, Buenos Aires. 2004.
- Ortiz, Renato. "Cultura, modernidad e identidades" En Nueva Sociedad Nº 137 pp 17-23, 1995.
- Ortiz, Renato. "La modernidad mundo" Seminario Fronteras culturales: Comunicación e identidad en América Latina. Stirling, Escocia.1996.
- Ortiz, Renato. "La polisemia de las palabras" En Contratexto Nº 20. Pp 81-103. 2012.

Thompson, John B. "El concepto de Cultura". En Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de las comunicaciones de masas. Universidad Autónoma Metropolitana. México. 1993.

Williams, Raymond. Marxismo y literatura. Península, España. 2000.